

EL PROBLEMA DE LA VERDAD Y DE LA MISERICORDIA

Artículo tomado del libro: KAROL WOJTYLA, *Mi visión del hombre*. Ediciones Palabra, Madrid, 1997.

La ética religiosa se convierte también en objeto de contestación y piedra de escándalo para cierta mentalidad, porque vislumbra en Dios la instancia suprema de la verdad de bien y del mal, ve al Juez que, sin embargo, puede perdonar el mal moral, movido por la misericordia. Tal modo de ver –se nos afirma– humilla al hombre, porque deja siempre la posibilidad de contar con la misericordia del Ser supremo y misterioso cuyos pensamientos y cuyos juicios son impenetrables. En estas condiciones –así continúa la objeción–, la vida moral del hombre asume el aspecto de un juego. De un juego en el que –como en todo juego– existe tanto el momento de la fortuna como el del riesgo y la derrota. El hombre no cuenta ya con su propio juicio y con las propias fuerzas, sino que busca ingeniárselas y pasar rápidamente entre desconocidas e impenetrables potencias “sobrenaturales” que influyen sobre su destino.

Tal objeción simplemente se aleja de la verdad o, al menos, se basa sobre falsos conocimientos. El problema del juicio de Dios no se presenta de este modo en la moral auténtica de un hombre creyente, ni siquiera en la auténtica ética religiosa. El hombre creyente está convencido de que Dios lo conoce mucho mejor y lo penetra mucho más profundamente de cuanto él mismo puede conocerse y penetrar en sí mismo.

Tal conciencia puede, en ciertos momentos, provocar el temblor interior, pero en modo alguno paraliza al hombre. Tiene la convicción de ser una persona provista de la autodeterminación en el ámbito de las propias acciones. Por eso debe confiar en los juicios de la propia conciencia referentes al bien y al mal morales. El juicio de Dios generalmente está de acuerdo con el juicio de la conciencia.

Aunque el juicio de la conciencia fuese equivocado, el juicio infalible de Dios acogería aquel error de la conciencia como base del veredicto sobre la acción del hombre (obviamente en el caso en que el error de la conciencia no fuese imputable al hombre). Por otra parte, el hecho de que Dios está presente en todo momento en el entero ser humano de modo mucho más profundo que cuanto pueda hacerlo el juicio de la conciencia del hombre, el hecho de que Él vislumbra la recóndita interdependencia entre sus tendencias; el hecho de que Él conozca y valore la fuerza con que la voluntad tiende al bien; el hecho de que Él distinga en los motivos todo aquello que es sólo apariencia de bien frente a lo que es verdadero bien: todo esto no debe hacer perder el equilibrio y, por lo demás, normalmente no lo hace perder.

Debe incluso reforzar en el hombre la necesidad de una profunda autoconciencia y de un sólido esfuerzo de la voluntad. El juicio de Dios, como suprema instancia de la verdad del hombre, no envilece, en ningún caso, el juicio del hombre, sino que, por una parte, el hombre ya cuenta con él, y por otra, lo afina y hace más sutil. Entre el santo y el criminal, la diferencia no se da tan sólo en las acciones, sino también en los juicios; en el modo en que uno y otro se juzgan a sí mismos.

Es igualmente errónea la interpretación de la misericordia. Según la doctrina católica, ninguna misericordia, ni divina ni humana, significa el consenso con el mal o la tolerancia del mal. La misericordia está siempre vinculada al momento que lleva del mal al bien. Donde hay misericordia, el mal se rinde. Cuando el mal persiste no hay misericordia, pero, añadámoslo: donde no hay misericordia, el mal continúa. Del mal, en efecto, no puede nacer el bien.

El bien puede nacer sólo de otro bien. Ahora bien, la divina misericordia representa precisamente este Bien, del cual nace el bien en lugar del mal. La misericordia no realza al pecado ni lo mira con indulgencia, sino que sólo y únicamente ayuda a la conversión del pecado en diversas situaciones y de distintos modos, a veces verdaderamente definitivos y decisivos. La misericordia de Dios procede en estrecha unión con la justicia.

Los hombres auténticamente creyentes viven con esta profunda convicción: no se puede juzgar la moral del hombre creyente a partir de casos a los que les falta autenticidad.